

De Quintana es la cita que encabeza la delicada poesía «A una huérfana»; y de Quintana es *el aire*, por decirlo así, de muchas poesías de Aurelio Aguirre. Un Quintana más dulce, más fresco, menos bronceado y escultural. Y para encarecer su admiración á Quintana, declara Aguirre, dirigiéndose á su *Elvira*:

bella mujer, no juzgues que es locura...,
el nombre de Quintana yo le diera
por tu sonrisa angelical y pura.

Más adelante, en una poesía dedicada á Quintana, repite Aguirre su profesión de fe al poeta «que encendió en los corazones la llama del honor y del patriotismo.»

El muy discreto prologuista de la colección de Aguirre, D. Leandro de Saralegui, observa en el poeta la falta del localismo, de la nota regional. Atisbos de ella no puede negarse que existen en Aguirre, como, por ejemplo, en la poesía *Delirio*, cuando exclama:

¿Es Galicia, Galicia la olvidada,
que con voz lastimera
al verse torpemente calumniada
viene á pedirme una canción guerrera?

Pero entonces, los particularismos apenas alentan, ahogados en germen por la gran aspiración nacional colectiva, la libertad. Aurelio Aguirre fué uno de sus apasionados cantores. «Mi corazón late entusiasmado á la voz de la libertad», repite á cada instante. Lo proclama en el famoso brindis, lo dice con acentos realmente grandiosos en la poesía *A los mártires de Carral*. Parece que esta fe tan robusta, estableciendo en inspiraciones, debía sostener las almas, preservarlas del desaliento y la desesperación. No es así. La libertad, diosa adorada con juvenil entusiasmo, costaba tanta sangre, tanto dolor, que el romanticismo del alma encontraba en ella pábulo y aliento. Era un drama muy cruento el de la conquista de la libertad; contenía muchos y muy negros episodios de calabozos, horcas, fusilamientos, emigraciones, fugas, escondites y miseria. Los nervios estaban en tensión continua. Las pasiones se exaltaban á compás del peligro. Solís, el simpático «mártir del Carral», iba tras la faja de general, ganada con una hazaña loca, para poder ofrecerla á una señora de quien estaba perdidamente enamorado. Encontró, en vez de la faja, el calvario, la larga agonía, sobre el heno que le sirvió de cama en su improvisada cárcel, y después la ascensión al teatro del suplicio, el pelotón, las balas... Esta tragedia sucedió cuando Aurelio Aguirre era niño, é hizo en su fantasía impresión profunda. Quizás determinó su amor á la libertad política (lo único que aquí se suele entender por *libertad*), y le contagió de ardiente tristeza romántica, predisponiéndole al suicidio.

En Larra y en Aguirre el mal estaba radicado en las medulas. Por curiosa similitud, los dos eran profundamente románticos en el espíritu y en la acción, y clásicos, muy clásicos, en el gusto literario. De estas sorpresas reservan los períodos de transición á quien los estudia. Desde lejos, parece que todos los escritores de una época van en la misma barca; en realidad, cada uno tripula su esquife. He oído contar cien veces entre los corifeos del romanticismo á Ventura de la Vega, y Ventura de la Vega fué un clásico neto, censor del romanticismo, en sátiras moratinianas. Una cosa es la bohemia, otra el romanticismo literario.

Quien contemple la típica figura de Aurelio Aguirre, en actitud byroniana, envuelto en su montecristo azul, le tiene por romántico de marca. Quien le lea, reconoce en él al alumno aventajado de los mejores poetas españoles anteriores al romanticismo, como Quintana y Gallego. La imitación de Byron y Espronceda, si bien existe, es menos visible que la huella de los maestros de la rima castellana. No hay que preguntar cuál eco resuena en canciones como la dedicada *A la juventud*:

Su libertad al árabe ganada
con siete siglos de espantosa guerra
defenderán los hijos de Pelayo
en lucha noble hasta perder la vida.

¡Sonó en el cielo su tremenda hora!
El genio de Austerlitz, Marengo y Jena,
juguete vil de la fortuna, llora
sobre el pardo peñón de Santa Elena.

Larra fué precoz. Niño casi, experimentó las torturas del amor; muy joven escribió sátiras; á los veinte se casó: él ha condenado, en uno de sus mejores artículos de costumbres, las uniones prematuras, «el

casarse pronto y mal.» No se aviene al hogar; sigue su vida bohemia, de guerrillero de la sátira política. Combate en *El pobrecito hablador*; escribe novelas y dramas; viaja; se impregna en París de las nuevas direcciones románticas; conoce á los jefes del cenáculo. Vuelve á España, y encuentra la diferencia, que le lastima y le hiere y acentúa su pesimismo y su disgusto, haciendo de él uno de tantos *afrancesados* modernos, palpitantes de asfixia en el ambiente español. Y así va acercándose al momento supremo, á la bala fatal, al desenlace anunciado, preparado, cuyas causas aún se discuten hoy.

Zorrilla, contemporáneo de Larra, que sin duda tenía autoridad, como testigo ocular, nunca quiso convenir en que fuese el amor, el amor verdadero, quien impulsó á Larra al suicidio. El juicio de Zorrilla sobre Larra era asaz severo: lo había condensado en un verso memorable,

«brotó sobre la tumba de un malvado...»

y si bien más adelante quiso retractarse y suavizar en letras de molde un calificativo tan categórico, de palabra no cabe decir de ningún hombre cosas peores. Según el autor del *Tenorio*, era *Figaro* un ser insufrible, un monstruo de vanidad, indiscreto hasta la indelicadeza, veleidoso en amor, y sólo por terquedad y despecho se quitó la vida cuando la señora de C... le significó terminantemente la definitiva ruptura.

Otro testigo coetáneo, pariente de Zorrilla por cierto, me refirió varias veces la tremenda escena. *Figaro* había rogado á aquella dama, á la cual le unían las candentes memorias de cinco años de pasión, que antes de abandonarle le concediese una última entrevista. ¡Doloroso ruego! Quizás no exista, en el catálogo de los sufrimientos pasionales, otro como el de pedir una hora á quien ofreció la vida entera, y que esa hora sea regateada con avaro desdén... Después de muchas cartas, *Figaro* obtuvo ver á la señora de C... Pero ésta temía quizás la sugestión de la conversación á solas, y se acompañó de una amiga, que debía de ser á prueba. En el sombrío y vasto caserón en que *Figaro* las esperaba, se desenvuelve el epílogo: ruegos, quejas, lágrimas quizás. Ella, indiferente, helada, se niega á reanudar las relaciones. Aquello se ha concluido para siempre. La amiga siéntese conmovida, y al bajar la escalera la dice algo que pudo ser esto: «Queda desesperado. Temo que haga cualquier disparate.» Ella ríe, se encoge de hombros. Al salir de la casa, se oye un golpe sordo y profundo. La amiga se estremece. «Parece un tiro... — No hagas caso, responde la amada. No le conoces. Habrá pegado un portazo, por asustarse.»

¿Quién escruta del todo el misterio de un alma? El desamor, ¿es el torrente que anega, ó sólo la gota de agua por la cual rebosa la copa? Con aquella mujer ó sin ella, ¿sería Larra siempre un desesperado? Imposible resolver este problema. Sólo el mismo Larra nos sacaría de dudas. Zorrilla, en estas materias, merecía poco crédito, por razones que serían largas de apuntar. Si la psicología de Larra es extraña, la de Zorrilla es extrañísima, y su manera de apreciar verbalmente hechos y personas, corrosiva y maldiciente hasta la ferocidad.

Los hechos, sin embargo, parecen claros como el agua. Los últimos escritos, las últimas palabras de *Figaro*, nos le muestran oprimido bajo el peso de una melancolía que en su edad y circunstancias no es caprichoso atribuir á la pasión. Sus indiscreciones, sus vanidades, sus mismas infidelidades, no son argumento contra la hipótesis de que estuviese realmente enamorado, y que la falta de aquella mujer le enemistase con la vida. Sólo por amor propio, sólo por dar un disgusto — á quien no se había de disgustar, pues *Figaro* le era ya indiferente — nadie se levanta la tapa de los sesos. A lo sumo lo haría un necio, un aturdido mequetrefe, y á *Figaro*... ¡quién le calificará así!

He tratado, inútilmente, de ver un retrato de la señora de C..., alguna de esas miniaturas de la época, con peinado de cesto, bucles y escote insolente: una figurita de abanico *restauración*, ó como aquí decimos, *cristina*. No sé si existe. Acaso valdrá más que no exista, porque ¿y si era fea, bigotuda, amarillenta, chata? No nos acerquemos demasiado á la realidad.

EMILIA PARDO BAZÁN.